

Como podrán darse cuenta los lectores de este libro conmemorativo de nuestra cuarta edición del **Premio Nacional de Periodismo Gonzo**, cambiamos el formato y aumentamos el número de menciones honoríficas debido a la calidad y número de trabajos participantes, (un total de 36) lo cual nos llena de satisfacción. A lo largo del 2018 el país vivió una agitada competencia política por la presidencia que nos llevó de las votaciones más concurridas en la historia, al triunfo abrumador de un candidato que de golpe y porrazo impulsa una Cuarta Transformación que aún no sabemos de qué y que en el peor de los casos dejará al país aún más polarizado y sumido en la Región IV, como bien lo demuestra la Selección Mexicana de Fútbol y su acostumbrado fracaso en la última Copa del Mundo. Su bien ganado mote de Ratonés Verdes nos hace suponer que la gran tragedia mexicana se sostiene en el histórico fiasco de los representativos nacionales en política y fútbol y que bien reflejan el clima social de cada sexenio. El escalofriante infierno tlachicolero en Tlahuelilpan, Hidalgo, ocurrido en enero de 2019 con decenas de personas calcinadas y desaparecidas necesitan sus cornistas. Ya vendrán, de eso estamos seguros.

En este país ya no sabemos qué significa ser parte de “la clase trabajadora” y por el contrario nos hemos convertido en una sociedad de opinólogos y sabiondos enconados a través de las redes sociales. El buen periodismo narrativo, la reflexión y el debate inteligente se han relegado a un rincón de nuestro presente y sólo nos queda resistir a la estupidez epidémica con logradas muestra de arte narrativo representado por crónica del mejor nivel. No vamos a sumergirnos en el análisis sociológico para entender los hilos profundos que mueven los contrastes sociales y culturales de este país pues creemos que el mejor periodismo cumple precisamente con una función de diagnóstico del mundo en que vivimos. México es un manicomio estimulado por la zozobra, nos queda claro.

Lo que dejamos a la consideración de los lectores son historias de alto octanaje. Los escritores alzan el vuelo, sueltan las amarras y nos conducen por el delirio, el absurdo y el humor a veces retorcido de una sociedad siempre en conflicto con su

identidad. Escritos con garra y amor al oficio, algunos de los temas abordados conmocionan al país por el grado de violencia y descomposición social que reflejan. El retablo de un territorio nacional convulso, desmadroso y complejo queda muy bien dibujado gracias al trazo eficaz y emotivo de los diez autores que le miden el pulso a distintas regiones.

En “Breve acercamiento a una tropa de la UPOEG”, el ganador de nuestra cuarta edición, Paul Medrano, ejecuta un retrato demoledor escrito con agilidad narrativa que nos lleva a ras de tierra por un conflicto armado con las autodefensas en Guerrero.

Las nueve menciones honoríficas no se quedan atrás en intensidad. En un homenaje a nuestro querido *Serge* González Rodríguez, Eduardo H. G. Le mete durísimo para deslizarse en la pista del exhibicionismo sexual en “Muerte y resurrección del teibol dance” y ayudarnos a entender el universo a veces sombrío de las bailarinas desnudistas.

La sordidez a todo lo que da en la terrible Ciudad de México bien la refleja “El caníbal más triste del mundo”, de Nuri Emilia de la Torre Ramírez, que narra no sin estupor su terrible experiencia investigando los móviles que llevaron a José Luis Calva Zepeda a convertirse en el “poeta caníbal de la Guerrero”.

El gran Mario Panyagua, un verdadero *underdog* de nuestras letras nos narra en el mejor estilo gonzo su experiencia en el infierno de los anexos para rehabilitación de toxicómanos. ¿Las drogas destruyen?, no siempre y en casos como este provocan gran literatura.

“Las bañistas”, según nos narra Jaime Garba es un grupo de muy dignas *scorts* otoñales que prestan sus servicios a la banda más prole en un baño público en el antiguo centro de la ciudad de Torreón.

“La casa abandonada de los Ramírez Sigüenza”, de Juan Eduardo Mateos Flores, es un minucioso registro del violento secuestro de una familia. Asaltantes, codicia y venganza en el puerto jarocho prohíben leer de noche esta historia.

Al parecer a David Álvarez se le da mover el bote y en “Cumbia, cumbia paracumbé”, se suelta el pelo con una sabrosa historia que nos remonta a los orígenes de este ritmo de origen afrocaribeño que enloquece a la naquiza y a la hipsteriza por igual. A ver si no resulta que David tiene dos pies izquierdos y nomás disimula.

“Big Tony Bang”, de Aldo Rosales Velázquez, es un detallado recorrido por un territorio de fabricantes de pirotecnia. El municipio de Tultepec da luz y alegría a las festividades de todo el país pero el ancestral oficio de cohetero se arraiga en los usos y costumbres del pueblo tanto o más que la resignación ante las continuas tragedias por accidentes mortales.

“Descenso a la tierra de los hoyos”, de Alejandro González Castillo, probablemente el cronista rockero más acucioso y ameno de nuestro país, nos entrega un rocambolesco perfil obituario del ícono de la literatura *underground* mexicana Parménides García Saldaña, quien al parecer aparte de loco era bastante pesadito según se desprende de la investigación del cronista.

Cerramos con Francisco Robledo Ramírez y su entretenido relato de “Cuando las momias vencieron al Santo”. El único héroe positivo mexicano que jamás defraudó a su multitudinaria feligrecía, se moriría de vergüenza ante lo ocurrido en un antro rockero lleno de malacopas que arman un borlote que ya quisiera la Arena México.

La Nueva Crónica mexicana está más viva que nunca. Gócenla.